III DOMINGO DE PASCUA B

En este tiempo de Pascua, seguimos reflexionando con los textos del evangelio que relatan las distintas apariciones de Jesús después de su resurrección y antes de subir al cielo. Una de ellas les sucedió a los discípulos de Emaús. Y la que veremos hoy está justamente después de ese suceso. Ubiquemos el texto, como lo hacemos siempre. Los discípulos (los once) se encontraban en Jerusalén, reunidos en una misma casa. Junto a ellos estaban también los dos que iban a Emaús y en el camino se les apareció Jesús. De regreso a Jerusalén, estos dos discípulos les contaron a los once lo que había sucedido.

Mientras contaban esto, aparece Jesús nuevamente con un saludo: “Paz a ustedes”. Este detalle del saludo de Jesús nos da a entender el estado de turbación en el cual se encontraban los discípulos. Sus mentes no podían comprender todavía todo este suceso: el mismo Jesús que había compartido con ellos tantos momentos, era el mismo que había muerto en forma tan cruenta y ahora estaba vivo nuevamente y para siempre. Por eso el saludo de Jesús viene a serenar la comunidad y a cada uno en forma personal. Así también nosotros repetimos este saludo en la celebración de la Eucaristía en el momento de la paz: le deseamos al hermano que Dios habite en su corazón, que Dios serene su alma, que Dios le de plenitud a su vida.

Cuando Jesús se aparece, los discípulos no lo reconocen; creen que es un fantasma y se asustan. Su aparición es repentina pero no casual; quiere decir que era el momento indicado y oportuno para los discípulos. Nuestro Señor no es un fantasma, aunque el demonio puede hacernos creer eso justamente para dejar de creer en Él. Quizás tenemos la sensación de que Dios aparece y desaparece de nuestras vidas, no logramos percibir su constante presencia en nosotros. O quizás nos asustamos cuando Él se manifiesta de alguna manera para hacernos entender nuestro camino. O también puede ser que la voluntad de Dios nos asuste justamente porque no la comprendemos o porque no la dominamos nosotros.

La pregunta de Jesús no es una pregunta cualquiera: “¿Por qué están turbados, por qué surgen dudas en su corazón?”. La turbación es una confusión interior que acelera en forma negativa la mente; no le permite razonar con lucidez y atonta los pensamientos. Es esta turbación que no permitía a los discípulos ver al Señor. Es la misma que nosotros tenemos cuando nos afecta una situación que nos quiebra o nos acongoja. Y es en estas situaciones donde hay que aprender a mirar al Señor justamente para que la turbación no nos envuelva más ni nos lleve a decisiones no deseadas. Lo que hace Jesús para que los discípulos salgan de esa turbación es llamarles la atención; movilizar sus sentidos. Les dice: “Miren mis manos y mis pies. Soy yo. Toquen y miren…” Esta es la clave para salir de la turbación interior: mirar a Jesús; tocarlo y mirarlo. Esto significa tocarlo y mirarlo en su Palabra, en la Eucaristía, en la Iglesia, en los hermanos. Cuando estamos descentrados de nosotros mismos, podemos mirar a quien realmente es el centro de nuestras vidas: Jesús. Mientras no salgamos nosotros del centro, miramos a Jesús como a uno más, y no como quien realmente nos puede salvar y sanar. Quizás estamos dispersos y miramos a cualquier lado; nos entretenemos con diálogos innecesarios, con eventos pasajeros, con problemas que ni siquiera nosotros podemos solucionar. Nos dedicamos a dar vueltas siempre en el mismo tema y no nos animamos a dar un paso y comenzar una verdadera conversión personal. Giramos alrededor de nuestro mundo y no nos damos cuenta que el tiempo pasa y se pierde.

Por eso Jesús nos despabila con su Palabra y nos dice que no es un espíritu o un fantasma: es real, de carne y hueso. No es una imaginación. La cruz no fue un teatro ni una película de ficción: la cruz es verdadera y real. Nadie puede decir que el sufrimiento es imaginario. Cuando pasamos por situaciones adversas, padecemos realmente y cada uno sabe en carne propia lo que está sufriendo en ese momento.